

1011
042/15

HOMENAJE

AL PROFESOR HONORARIO

DR. OSVALDO L. BOTTARO

(De *La Semana Médica*, n.º 1, 1937)



BUENOS AIRES
«LA SEMANA MÉDICA», IMP. DE E. SPINELLI
2240 — Córdoba — 2248
1937

INV	01862
SIG	Fo 11 042
LIB	5

Homenaje al Profesor honorario Dr. Osvaldo L. Bottaro

HOMENAJE

AL PROFESOR HONORARIO

INV 0186

DR. OSVALDO L. BOTTARO

118

(De *La Semana Médica*, n.º 1, 1937)



BUENOS AIRES
«LA SEMANA MÉDICA», IMP. DE E. SPINELLI
2240 — Córdoba — 2248
1937

PABLO A. PIZZURNO



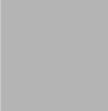
Homenaje al Profesor honorario Dr. Osvaldo L. Bottaro

Con motivo de su reincorporación a la Escuela de Medicina, por resolución unánime del Consejo Directivo que lo designara, a fines del año pasado, «Profesor Honorario de Clínica Ginecológica», tuvo lugar el día 12 de diciembre de 1936, por la mañana, en la sala que dirige en el Hospital Ramos Mejía, una ceremonia de homenaje, haciéndosele entrega de tres pergaminos, con varios centenares de firmas de sus colegas y discípulos, en acto de cordial adhesión.

La leyenda de los pergaminos dice así:

«La línea recta y honorable del Doctor Osvaldo L. Bottaro, le destaca como ejemplo de carácter, de talento y de bondad, en la hora suprema en que la Justicia despeja las dificultades del camino, para encumbrar los valores auténticos de su personalidad, etc.»

Presidieron el acto, el Decano Profesor Guillermo Bosch Arana, el representante de la Escuela de Medicina de La Plata, y los ex Decanos, Profs. Daniel J. Cranwell y Alejandro Ceballos, y los Consejeros Drs. Enrique A. Boero, Nicanor Palacios Costa, Car-



los Robertson Lavalle y Carlos Fonso Gandolfo, ocupando sitios de honor don Pablo y Carlos Pizzurno y algunos de los más viejos profesores.

En representación de la Comisión de Homenaje, pronunció un discurso el Dr. Pascual Schinelli, ex médico interno y cirujano del Hospital Ramos Mejía.

El Consejero Prof. Enrique A. Boero lo hizo en nombre de los condiseípulos.

El Prof. Julio Diez habló en nombre de los que fueron sus alumnos.

El Dr. Emilio Bellotti llevó al acto las palabras de adhesión de las autoridades de la «Facultad de Medicina de La Plata» y en particular la de su Decano y Vicepresidente de la Universidad, Profesor Héctor Dasso, ausente por compromisos impostergables.

El Dr. Enrique Votta, jefe de Clínica de la Sala del Prof. Robertson Lavalle, habló en nombre del Servicio de la Sala VI; el Dr. Eduardo Rozas, por los amigos, y el Prof. don Pablo Pizzurno, en su carácter de maestro de la infancia y amigo del obsequiado.

Agradeció el Dr. Bottaro a cada uno de los oradores, con frases simples y llenas de reconocimiento por la bondad con que juzgaron sus modestas cualidades personales y las condiciones y méritos docentes.

Tuvo palabras para el maestro y ex Decano Profesor Cranwell, para cada uno de los oradores y Comisión de Homenaje.

Sus colegas y amigos le saludaron con efusivas demostraciones de adhesión y simpatía al terminar tan brillante acto.

Discurso del Dr. Pascual Schinelli

«Señores: Se ha dicho con verdad, que la justicia es el sol que disipa todos los vapores que oscurecen la conciencia. Se podría agregar a manera de sugerente paradoja, que el hombre es tanto más libre y más feliz, cuanto más voluntariamente se constituye en fiel esclavo de la justicia.

Alfonso el Sabio, en el Código de las Partidas, acerca de la justicia, afirma: “que su bondad es contraria a la malicia de los tiempos”; y agrega que “los hombres deben amarla como a sus padres,

obedeerla como a un buen señor, y guardarla como su vida”.

De ahí que nosotros todos, esclavos hoy de un imperativo que a nombre de la justicia grita en nuestras conciencias, vengamos, con la palabra encendida en el fuego sagrado del afecto profesional, y de la amistad, a llamar a las puertas del corazón hidalgo del colega y del amigo, para decirle:

¡Hemos aquí!, compañeros de tus fatigas unos, testigos de tus afanes otros, en compacto grupo de lealtad, bien alto los corazones al rítmico golpear de sus latidos, como en redobles de cajas triunfales, para ofrendarte, en esta hora suprema de la vida serenada en la experiencia, el exquisito perfume del alma franca y sin pliegues de egoísmo, que se abre de par en par para honrar al maestro y consagrar al triunfador.

Es el paréntesis de oro, con que detenemos tu labor fecunda, para decirte la frase consagratória, con que la justicia reparadora rubrica tu existencia de infatigable luchador.

Nos acompaña en este homenaje una legión brillante de tres mil alumnos, médicos y estudiantes, que fueron tus discípulos en los cursos completos; en los de perfeccionamiento, y en conferencias de intercambio docente. Encabezan la lista, prestigiosos nombres, flor y nata de las ciencias médicas: Guillermo Bosch Arana, Delfor del Valle, Julio Diez, Marcelo Fitte, Enrique Pueyrredón, Alfredo Buzzi, Pedro Jáuregui, Ismael Hernández, Jorge Mulcahy, Ricardo Donovan, Juan Carlos Rossignoli, Fernando Ciarlo, Ceferino Orol Arias, Ernesto Cornejo Saravia, Juan Carlos Bidart Malbrán, Ernesto Dowling, Atilio Costa, Osvaldo Meabe, Luis Clatro Sagastume, Reinaldo Savage, José Caeiro, Alfredo Dodds, Hugo J. D'Amato, Alfredo Fernández Saralegui, Emilio Frizzi, César Pico, José Valls, José Enrique Virasoro, y muchos otros que sería largo enumerar.

En el escudo que forjamos para aclamarte, figuran como honrosas condecoraciones tus títulos y tus premios: desde el de jefe de Maternidad del Hospital T. Alvarez; adscripto a la Cátedra de Clínica Ginecológica; profesor suplente por concurso; jefe de Clínica del Prof. Molinari; y jefe titular del Servicio de Ginecología y Cirugía Abdominal del Hospital Ramos Mejía; hasta la clasificación máxima de tu tesis de profesorado premiada; y la medalla

que te llegó de San Francisco de California. Figuran también tus distinciones de asesor de Medicina Social de la Asistencia Pública, miembro de la Comisión Asesora de Moralidad, de la de Protección a la Primera Infancia, Miembro de la Comisión Permanente de Ternas de la Asistencia Pública (elegido por los Jefes de Servicios Municipales), y presidente de la Comisión del Libro de Oro ofrecido al Brasil. Consta, además, la circunstancia de haber sido honrado por centros científicos de Europa y recibido en la Academia de Medicina de París.

Entre tantos méritos, se recuerda que fué honrada tu cátedra con las clases dictadas por eminencias docentes, como los maestros Enrique Pouey, de Montevideo; J. A. Doléris, presidente de la Academia de Medicina de París; Fernando Magalhaes, Rector de la Universidad y Profesor de la Facultad de Medicina de Río de Janeiro, y Gallart, de Barcelona; hasta que fuiste ungido en el carácter vitalicio, con la gloria mayor que se otorga por excepción en nuestro país: la de Profesor Honorario de nuestra Facultad de Ciencias Médicas de Buenos Aires.

He ahí la semblanza en plenitud de perfiles vigorosos, del eminente colega que, al cumplir el deber de presentar al Consejo Directivo de la Facultad, ese su monumento de títulos, antecedentes, recompensas, trabajos y cursos que acreditaron en justicia la razón inalienable de su derecho a la cátedra titular, como en sabia profecía declaró: «si mi línea moral y modesta capacidad científica han podido influir en el espíritu de mis alumnos, habré hallado la compensación de mis desvelos». Y al juzgar arbitraria la formación de la terna, presentó de inmediato su renuncia, que, si fué rechazada, fué también reiterada como indeclinable; porque el Prof. Bottaro, como el gran tribuno de Mayo, Mariano Moreno, piensa que la renuncia de un hombre de honor siempre es irrevocable.

En esta renuncia, que reviste todos los caracteres de un documento histórico, dictó el maestro la más aleccionadora clase pública de ética profesional, al subrayar estas palabras de alta significación moral: «Al alejarme de la Escuela, no sin honda decepción, lo hago con el íntimo orgullo de poder ofrendarle, aun en esta ingrata hora universitaria, mi más noble y altivo gesto, cual es, el sacrificio moral de apartarme definitivamente de ella, ante las normas que

las circunstancias políticas del momento pretenden imponer».

Y termina: «Me sentiría altamente satisfecho, si este inusitado y ejemplar sacrificio de nuestras carreras universitarias, pudiera servir de principio reformativo, para las promociones venideras».

Y su visión clara del porvenir se ha cumplido en el propio destino del maestro, al ser llamado, en forma extraordinaria y espontánea, para el más alto honor que la más alta autoridad científica y universitaria puede acordar.

En los fundamentos de su designación de Profesor Honorario, sancionada por «unanidad», se declara oficialmente y con fuerza de reparación, que «es necesario contemplar la situación de profesores que se alejaron de esta casa amargados, quizá por excesivo pundonor»; y «que siguen con el mismo empeño, desenvolviendo una labor tan silenciosa y modesta como fructífera, aunque con el dolor moral de sentirse olvidados...»

Así, señores, ha resurgido de las fraguas del sacrificio, en acero bien templado, la tenacidad del carácter recto e incorruptible del maestro digno, que, como el varonil y altivo cónsul romano Metello, apodado el Incorruptible, prefirió quebrar caballerescamente su lanza de soñador, en legítimas ambiciones, y salvar, intangible, la integridad de su decoro, antes que entregarla en la derrota insospechada, con girones de la propia dignidad.

¡Se ha cumplido en el presente caso, la verdad amarga de la parábola: ¡la gloria y el sacrificio, identificándose, para realzar la virtud cardinal de la justicia!

Fortaleza en el músculo, en el cerebro y en el corazón; fortaleza en el talento perseverante, en la gravitación de sus afectos y en sus convicciones de investigador; y fortaleza, por último, en esa su capacidad captadora de la simpatía que imanta los espíritus, conquista voluntades, atrae corazones, y los retiene con el vínculo gentil de la amistad.

He aquí perfilada su fisonomía integral, en las múltiples facetas de su ecuación psicológica ejemplar.

Y bien: pergamino de auténtica nobleza, este que te ofrecemos al cumplir tus treinta años de fecunda siembra del bien, en el cada vez más fervoroso ejercicio de la función médica, y celebrar tu nombramien-

to de «Profesor Honorario», él tiene el singular privilegio de su origen y de su intención.

Pergamino curtido con los rayos purificadores del cariño, lo ha embellecido el arte ingenuo de la gratitud; lo ha inscripto con serena frase la mano reparadora de la justicia, y lo han firmado como con sellos azules y rojos, el aliento y el pulso de tus colegas, movidos por la voz interior de la conciencia, que ha dictado, en última instancia, el fallo firme para la posteridad.

Ese fallo habría de ser fijado como un bando marcial sobre los caminos de la existencia universitaria, para guía y estímulo de la juventud estudiosa.

Por eso he dicho que este pergamino de auténtica nobleza, tiene el singular privilegio de su origen y de su intención. Nació de las almas amigas en homenaje al triunfador, y procura sembrar el optimismo en el honrado corazón de los que esperan.

Estas firmas rojas como la sangre nuestra, y azules como los votos augurales que formulamos por tu ventura personal; si fueran flores, con ellas formaríamos una corona y ceñiríamos tu frente. Pero son ellas como la prolongación de nuestras manos, y con ellas te estrechamos fraternalmente en los grandes y solemnes momentos de tu vida.»

Discurso del Consejero Prof. Dr Enrique A. Boero

«Querido condiscípulo: Todos vosotros, señores, conocéis tan bien como yo, las virtudes y simpatías que dan a nuestro Bottaro, esta esencia que lo distingue del común de los mortales.

Es que él no tiene múltiples facetas, como se suele decir a quien se quiere alabar: él sólo tiene «seis de valor»... como los dados, y, como éstos, cae siempre en firme, mostrando la que le define exactamente.

En cambio, si las facetas fueran múltiples, hubiera rodado mucho y llegando adonde lo hubieran mandado; pero cuando se tiene pocas, se va hasta donde la voluntad y el honor lo permiten.

Así creo haber definido bien a nuestro querido amigo, que hoy festejamos.

Estoy seguro que en ese pergamino se le dice a Bottaro: ¡Triunfasteis en la vida, porque sois bien

perfilado como intelectual; correcto y disciplinado en la acción; tesorero, creador y organizador en los cargos públicos; amigo leal, y generoso con el reconocimiento del valor ajeno; simpático en todos los momentos de la vida; ¡irreconciliable con la injusticia y la deslealtad!...

¿Quién duda que si Bottaro no tuviera esta faceta hubiera llegado hoy al titulariado en Ginecología, y quizás a cargos más elevados?

Pero señores, ha disminuído ello en algo su personalidad? ¡No!... porque supo demostrar siempre su inalterable valer, perseverando con tanta altura, que alcanzó un honroso galardón, en la misma casa en que, en un mal día, no le reconocieron sus méritos...»

Entre otros conceptos, dijo luego que su labor fué siempre tan empeñosa como honorable, y terminó así:

«Querido condiscípulo, yo bato palmas hoy, en unión de los amigos, diciéndote: Has triunfado y de ello me enorgullezco.»

Del discurso del representante de la Facultad de Medicina de La Plata, Dr. Emilio P. Bellotti

Expresó sus congratulaciones por el justiciero homenaje que se le tributaba públicamente, en mérito a la sanción de la Facultad de Medicina y Universidad de Buenos Aires, consagrándolo «Profesor Honorario de Clínica Ginecológica», y que se aprovechaba la oportunidad para ofrecerle al Prof. Bottaro, en nombre de las autoridades que representaba, la alta tribuna de la Cátedra de Ginecología de aquella Facultad, para dictar algunas conferencias en el año 1937.

(Al agradecer de inmediato, el obsequiado hizo la declaración de que aceptaba el honor y que anticipaba su compromiso para ello.)

Del discurso del Prof. Julio Diez, en nombre de sus discípulos

Refirióse en forma descriptiva al viejo hospital en el que actuara como practicante hace diecisiete años, comentando sus defectos, pero añorando sus cosas

buenas. Lamentó que la piqueta demoleadora hubiera arrasado también con su «tradicición»...

«Pero hay algo que no ha podido destruir la piqueta del modernismo: es el alma de aquel viejo hospital y eso es lo que quiero evocar esta mañana.

El alma de esa casa eran sus hombres, era su espíritu de trabajo y su abnegación.»

Después, refiriéndose al homenaje que se tributaba en esa hora, expresó:

«A su lado se formó una falange de estudiantes, con cuya representación me honro en este homenaje, y me honro, tanto más, cuanto que algunos de ellos son ya maestros indiscutidos.

«Figuras patriarcales por su bondad y eminentes por su ciencia, la de aquellos maestros, sólo he de recordar a los que se fueron para siempre: Ricardo A. Nölthing, Marcial Quiroga, José Estévez, Rómulo Chiappori, Maximiliano Aberastury, Diógenes Decoud; y a los que tuvieron que alejarse por la injusticia de los hombres: Daniel Cranwell, Marcelo Viñas y Gregorio Aráoz Alfaro.

Estrellas de primera magnitud en el firmamento de la ciencia médica argentina, de memoria venerada aquéllos; estos otros, de afectuoso recuerdo.

«Se han ido de esta casa silenciosamente, resignadamente, y al irse, el alma de aquel viejo hospital se fué desintegrando.

«Pero quedan todavía algunos de aquellos viejos maestros.

«Cuando una campanada jubilosa suena en su vida, aquellos a quienes la suerte nos ha desparramado por la urbe, volvemos a congregarnos a su lado.

«Por eso hemos venido esta mañana, los que fuimos sus alumnos, para rendirle este homenaje al Profesor Bottaro.»

Entre otras cosas dijo luego que habían pasado muchos años desde que Bottaro les enseñaba Ginecología en su antigua sala XII, sin haberlo olvidado nunca, y que al recordar su paso como practicante del servicio a su cargo, se agrandó el afecto y el cariño que aquél le inspirara, celebrando por su parte la designación merecida que le hiciera la Facultad de Medicina, «reincorporándolo con el título de Profesor Honorario de Clínica Ginecológica».

«El Dr. Bottaro es un hombre dotado de excelentes

condiciones didácticas, y es la Escuela la que sale gananciosa».

Del discurso del Dr. Enrique Votta, jefe de Clínica del Servicio. Cátedra del Prof. Robertson Lavalle

«Representando a la sala VI de este hospital, diremos: El estímulo en el hombre hace permanecer encendida la antorcha de la lucha, interesándole en vivir y avanzar.

«No se podría permanecer callado ante esta justísima demostración, ofrecida al maestro de muchas generaciones de estudiantes, a una de las cuales pertenecí.»

Dijo que había seguido y apreciado de cerca la labor del maestro Bottaro, desde que fué su practicante.

«Aun tengo presente sus clases, que tenían el sello y la simpleza que adornan a los viejos maestros, acompañadas de oportunísimas comparaciones, a menudo amenas, tan ricas en conceptos y expresiones, que hacían recordar a quienes no necesitan seguir al libro para exponer un tema en forma práctica y libre de teorías fatigosas, tal como hoy lo concibe la Facultad y lo exige a los actuales profesores de Clínica: objetivar, demostrar prácticamente los hechos clínicos y no recargar a los alumnos con teorías inútiles.»

Entre otros comentarios, y después de destacar que la clínica médica es la base de la especialidad y que ésta representa las dos terceras partes de la patología femenina, dijo:

«Ese molde de maestro tiene Bottaro, el que necesitan actualmente los alumnos de nuestra Escuela.

«Quiero recordar que el Prof. Bottaro dictó varios «cursos de perfeccionamiento para médicos», por cuyas enseñanzas son muchos los colegas, locales y rurales, que siempre lo recuerdan.

«Pero, señores, no existe en Bottaro solamente esa pasión por la enseñanza, que debemos reconocerle, sino la modalidad que podríamos llamar innata — que poseen pocos maestros — de hacer clases o conferencias interesantes, lucidas y sencillas, pese a veces a la aridez de los temas y al tiempo que ellas suelen exigir.»

Luego de otros comentarios, dijo:

«Profesor Bottaro: La justicia tiene un aliado, que es, ciertamente, más fiel y leal que los hombres; este es el tiempo.

«¡Los errores de los hombres cristianamente se olvidan... sus obras quedan!

«El tiempo, con su balanza justiciera, aunque lenta, reivindicará a algunos de ellos.»

Del discurso del Prof. D. Pablo Pizzurno

Dijo «Que aun cuando sólo fuera para expresar su plena adhesión a los elogios que con tanta justicia se habían hecho del Prof. Bottaro, ya que nada podía agregar, se complacía en decir algunas palabras.»

Comentó el acierto y elocuencia de las expresiones del Dr. Boero; hizo referencia a las «múltiples facetas que presenta la personalidad del obsequiado, sintetizándolas en una sola, de la cual derivan, en cierta manera, todas las demás»... «y ello se me ocurrió de pronto, al recordar una anécdota de la vida del general Mitre, ocurrida a fines del siglo pasado.

«Visitado el prócer ilustre en uno de sus aniversarios por los estudiantes de la Facultad de Ingeniería, al contestar las palabras que le fueron dirigidas, dijo:

«De mis estudios de matemáticas, conservo grabada una noción, y es la de que, la línea recta es la menor distancia entre dos puntos.

«Esa noción es la que ha guiado siempre la conducta de Bottaro, y ésa es su faceta fundamental, substancialmente comprensiva o determinante de las demás.

«Es el hombre de la línea recta, el hombre de bien, franco, sin dobleces, sin egoísmos; generoso. Por eso ha llegado tan lejos y conquistado la estimación de los honestos.

«La línea recta en la conducta implica el sentimiento del deber y de la responsabilidad, y en consecuencia, en su caso, como médico, la observación atenta, la experimentación cuidadosa, el estudio empeñoso, la paciencia, la perseverancia y hasta el espíritu de sacrificio, vale decir, en una palabra: la sinceridad más absoluta para evitar el error, hacer

las cosas con el mayor acierto posible y alcanzar el resultado perseguido.

«De ahí que en su terapéutica, como médico, psicólogo y hombre de bien, entre, para el paciente, la sonrisa, la ausencia de solemnidad, la sugestión afectuosa y hasta la broma alentadora, cuando haya que levantar el espíritu del enfermo, provocando o dando tiempo a la reacción benéfica.

«El Dr. Rozas recién acaba de traer a colación anécdotas que dicen de cómo es capaz Bottaro de llevar el consuelo y la esperanza...

«¡Oh, si todos los médicos pusieran como él, toda el alma al servicio de su profesión!»

Por último, destacó un rasgo que llamó «de nobleza de alma de Bottaro, evidente en lo que acaba de hacer conmigo; el lugar de preferencia que me diera entre tantas personalidades destacadas, honrando así a un simple educador porque fué su maestro... y lo ha hecho así, naturalmente, porque dentro de su corazón anida el gran sentimiento propio de los espíritus selectos: el sentimiento de la gratitud».

